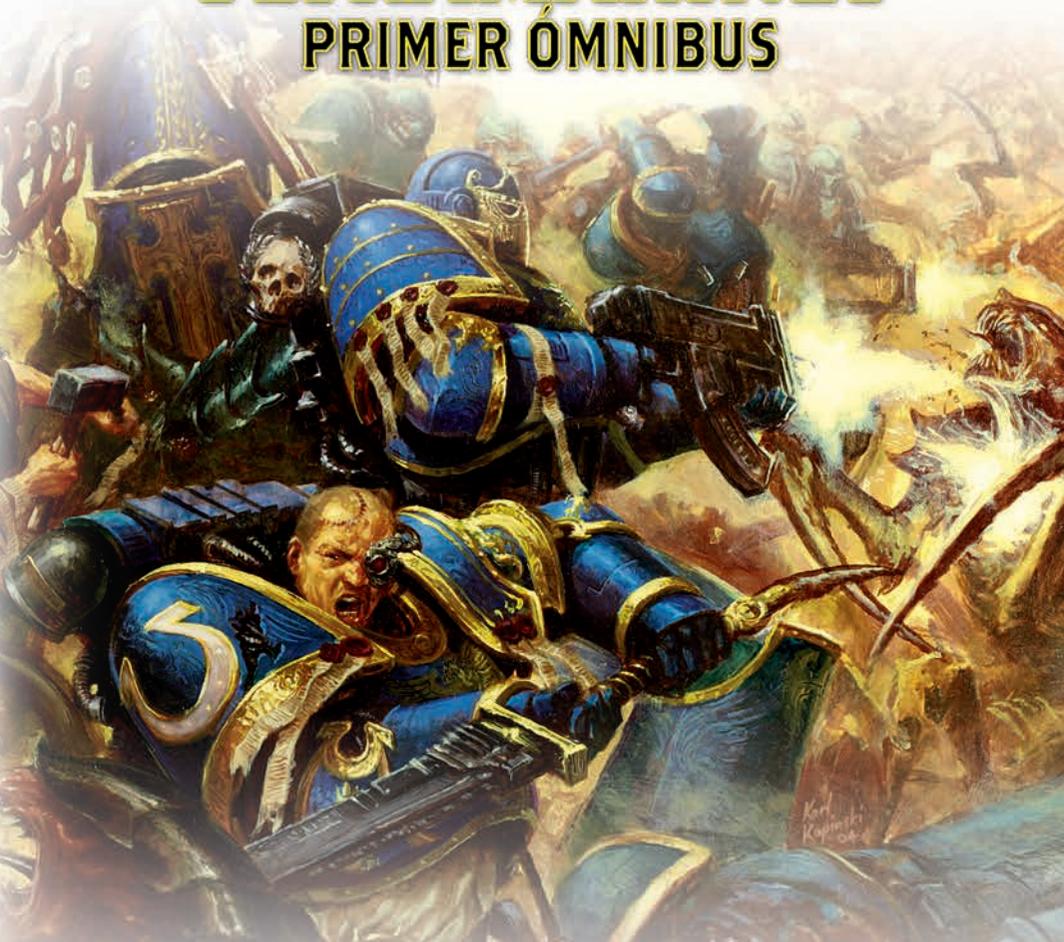


WARHAMMER
40,000

ULTRAMARINES

PRIMER ÓMNIBUS



GRAHAM McNEILL

timunmas

Título original: *The Ultramarines Omnibus*

Traducción: Juan Pascual Martínez

Ilustración de cubierta: Karl Kopinski

Nightbringer © 2002, Games Workshop Ltd.

Warriors of Ultramar © 2003, Games Workshop Ltd.

Dead Sky Black Sun © 2004, Games Workshop Ltd.

Chains of Command publicado originalmente en la revista *Inferno!* © 2001, Games Workshop Ltd.

The Ultramarines Omnibus, *Ultramarines Primer Omnibus*, *Nightbringer*, *El portador de la noche*, *Warriors of Ultramar*, *Guerrero de Ultramar*, *Dead Sky Black Sun*, *Cielo muerto*, *Sol negro*, *Chains of Command*, *Cadena de mando*, GW, Games Workshop, Warhammer 40.000, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2006 por Black Library

Games Workshop Limited.,

Willow Road, Nottingham,

NG7 2WS, UK

www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited 2006

© De la traducción Games Workshop Limited. 2011. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2011, 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona

Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.timunmas.com

www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0342-8

Preimpresión: gama sl

Depósito legal: B. 4.795-2016

Impreso en España por

BOOK PRINT

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47



ULTRAMARINES

Graham McNeill

EDICIÓN ÓMNIBUS

timunmas

ÍNDICE

Introducción	9
Cadena de mando	13
El Portador de la Noche.	49
Guerreros de Ultramar.	415
Cielo muerto, Sol negro.	783



CADENA DE MANDO

El sargento veterano Uriel, oculto en el borde de la jungla, mantuvo la mirada fija a través de la cortina de lluvia en el búnker de rocamiento gris situado en el otro extremo del puente, y contó el número de centinelas que había a la vista. Eran cuatro soldados en terreno abierto, pero mostraban una actitud indolente, desprevenida, y eso era lo que los iba a matar. Estaban apiñados a resguardo bajo el dintel de la compuerta blindada de acceso al búnker, y allí se dedicaban a charlar y a fumar. Aquello era una estupidez imperdonable, pero Uriel siempre agradecía las ocasiones en las que sus enemigos mostraban semejante comportamiento insensato. Todos los sonidos quedaban apagados por el siseo de la lluvia cálida que atravesaba el dosel de ramas cargadas de hojas y que luego repiqueteaba contra las rocas. El rugido del caudaloso río que corría por la garganta que se abría a sus pies añadía su estruendo a aquel ruido de fondo.

La humedad se acumulaba sobre la superficie azul de sus hombreras hasta condensarse y bajar goteando por la insignia del capítulo que llevaba grabada allí. Salió con movimientos sigilosos de la espesura en la que se escondía y atravesó la lluvia como un fantasma. Los actuadores sisearon en el interior de su servoarmadura cuando las fibras de músculo artificial aumentaron la potencia de todos y cada uno de sus movimientos. Uriel desenvainó el cuchillo de combate y probó el filo de la hoja, aunque sabía que era innecesario hacerlo. El

gesto era más que nada un hábito, algo que las gentes de Calth aprendían desde que eran muy jóvenes. La larga hoja tenía forma triangular, y sus bordes mostraban un filo mortífero. El arma estaba diseñada para deslizarse con facilidad entre las costillas de la víctima y partirlas mientras penetraba.

Era una herramienta pensada para matar, y para nada más.

Debido a la densa lluvia, la visibilidad de los guardias quedaba reducida a menos de una treintena de metros. La capacidad visual de Uriel era muy superior a la de un ser humano normal, y él sí distinguía con facilidad la silueta de los individuos que estaba a punto de matar.

No sintió remordimiento alguno ante la idea. Los enemigos del Emperador no se merecían ninguna piedad. Aquellos hombres habían tomado una decisión, habían elegido bando, y les había llegado el momento de pagar el precio por haber escogido de forma equivocada. Uriel se deslizó en silencio hasta colocarse detrás de una de las pilastras de adamantio del puente. Se movió de un modo increíblemente silencioso para el volumen que representaba su masa corporal y su armadura. Ya se encontraba lo suficientemente cerca de sus futuras víctimas como para que su capacidad auditiva incrementada le permitiera captar el sonido de cada una de sus voces.

Tal y como solía ocurrir con los soldados, se estaban quejando del destino que les había tocado y de sus oficiales superiores. Uriel sabía que no seguirían quejándose durante mucho tiempo. Ya estaba lo bastante cerca como para notar el olor fétido de sus cuerpos sin lavar, el hedor húmedo a sudor rancio incrustado en la piel después de semanas de combates ininterrumpidos. Tensó y flexionó los músculos preparándose para el combate. La runa que representaba en su visor al capitán Idaeus destelló dos veces, y Uriel le confirmó que se encontraba en posición de ataque con un leve susurro. Esperó hasta que oyó los pasos del primer objetivo al darse la vuelta, y salió de detrás de la pilastra para dirigirse a la carrera hacia el búnker.

El primer guardia murió sin hacer el más mínimo ruido. El cuchillo de Uriel le atravesó de un solo golpe la base del cráneo. El soldado cayó, Uriel sacó el arma de un tirón y se inclinó para clavarla en la ingle del segundo guardia. La sangre salió a chorros y el soldado lanzó un grito horrorizado de

agonía. Un tercero alzó el rifle láser, pero Uriel se abalanzó contra él para propinarle un puñetazo en plena cara. La potencia de los músculos artificiales del interior de la servoarmadura hizo añicos la cabeza de su oponente. Uriel giró sobre un talón, esquivó una estocada lanzada con una bayoneta y le dio un codazo en la barbilla al último guardia con tal fuerza que lo desnucó. La compuerta de entrada al búnker quedó salpicada de dientes y de sangre.

Se agazapó hasta quedar en una posición defensiva en cuclillas. Sacó el cuchillo del cadáver que tenía al lado y limpió la hoja del arma en el uniforme enemigo. El combate había durado menos de tres segundos en total. Echó una rápida mirada al otro lado de la esquina del búnker para observar las posiciones defensivas protegidas por muros de sacos de arena que se encontraban a lo largo del puente, un poco más adelante. Eran dos emplazamientos, y estaban situados de manera que sus campos de tiro se solaparan. De debajo de las lonas que cubrían las posiciones sobresalían los cañones de color metalizado mate de varios bólters pesados. Uriel contó tres de ellos en cada uno de los emplazamientos. La lluvia y el estruendo del río corriendo al fondo de la garganta lo habían cubierto a lo largo de su aproximación sigilosa al búnker, pero delante de los emplazamientos sólo había terreno abierto.

—Posición asegurada —susurró por el comunicador mientras sacaba varias cargas moldeables perforantes del dispensador de granadas.

Actuó con rapidez y eficiencia para colocar los explosivos alrededor del mecanismo de apertura de la compuerta blindada del búnker.

—Recibido —le confirmó el capitán Idaeus—. Buen trabajo, Uriel. Las escuadras Lucius y Daedalus ya se encuentran en posición. Atacaremos a tu señal.

Uriel sonrió y se arrastró hasta llegar a la parte delantera del búnker, asegurándose de mantenerse fuera de la línea de visión de las troneras. El sargento desenfundó la pistola bóltter e hizo girar el cuchillo para empuñarlo con la hoja vuelta hacia abajo. Inspiró profundamente y se preparó para entrar de nuevo en combate antes de hacer estallar las cargas que había colocado en el mecanismo de apertura.

La compuerta estalló hacia el interior del búnker y salió arrancada de su marco por la tremenda explosión. De la abertura surgió un chorro de humo asfixiante, pero Uriel ya se había puesto en movimiento antes de que se hubiera desvanecido la onda expansiva de la explosión. Oyó los estampidos de los disparos de bólder desde la jungla, y supo que el resto del destacamento de ultramarines se había lanzado al ataque. Sin duda, los enemigos del Emperador ya habrían comenzado a morir.

Uriel se lanzó de cabeza a través del umbral ennegrecido y rodó hasta quedar en cuclillas en posición de disparo. Movi6 la pistola a izquierda y derecha. Distingui6 dos cabezas recortadas por la luz que se filtraba a trav6s de las troneras del búnker y apret6 el gatillo dos veces en r6pida sucesi6n. Los dos individuos salieron despedidos hacia atr6s con las cabezas reventadas. Otro soldado estaba de rodillas y no dejaba de aullar mientras la sangre le salía a chorros del cuerpo. Tenía el torso casi partido por la mitad a la altura de la cintura. Un trozo de metal de borde afilado, producto de la explosi6n de la compuerta, le sobresalía del cuerpo. Un disparo de láser impact6 contra la armadura de Uriel, y éste se volvi6 lanzando una patada en la direcci6n de la que había llegado el disparo. La bota de la armadura se estrell6 contra la rodilla de un soldado rebelde y le destroz6 por completo la articulaci6n. El guardia enemigo aull6 y se desplom6 en el suelo agarr6ndose la rodilla con las dos manos tras soltar el rifle que empuñaba. El resto de los ocupantes del búnker se lanzaron contra Uriel gritando e intentando empalarlo con las bayonetas.

El ultramarine se retorci6 en todas las direcciones lanzando patadas y puñetazos con una ferocidad mortífera. Allá donde impactaba partía huesos y mataba oponentes. El hedor a sangre derramada y a entrañas vaciadas ya le había embotado el olfato para cuando muri6 el último de los soldados enemigos. Tenía cubiertas las hombreras y la placa pectoral de grandes manchas de sangre. Escrut6 con la mirada el interior envuelto en penumbra del búnker, pero todo estaba ya en silencio. No quedaba nadie con vida.

Del exterior le llegaron los sonidos de disparos y de combates cuerpo a cuerpo y se dispuso a salir, pero se apart6 para

ponerse a cubierto cuando una ráfaga de proyectiles de bólter pesado acribilló el lado interior del búnker. Se atrevió a echar un rápido vistazo por la esquina de la pared cubierta de agujeros de proyectil y vio con orgullo cómo la escuadra de asalto del destacamento se unía al combate tras sobrevolar el búnker impulsados por sus retroreactores.

Cayeron desde el cielo como ángeles de muerte llameantes, y las espadas sierra que empuñaban cortaron cabezas y extremidades con fulgurantes y centelleantes mandobles metálicos. El primer emplazamiento artillado ya había quedado arrasado, con los sacos de arena destrozados por los disparos de bólter y derribados por los marines espaciales lanzados al ataque. Los soldados de la Fuerza de Defensa Planetaria, apenas entrenados, se desmoralizaron ante semejante ferocidad e intentaron huir, pero los ultramarines ya se les habían echado encima y no había posibilidad alguna de escape. Los marines de asalto los destriparon con golpes de barrido de sus espadas, y la batalla se convirtió en una carnicería.

El repiqueteo pesado de las ráfagas combinadas de disparos de bólter resonó en las paredes de la garganta. De los sacos de arena del segundo emplazamiento defensivo surgían chorros de polvo con cada impacto. Sin embargo, Uriel se dio cuenta de que, a pesar de las constantes andanadas, los artilleros del emplazamiento habían hecho girar los bólteres pesados para enfrentarse a la nueva amenaza. Se apresuró a advertir a sus camaradas.

—Ventris a Idaeus. La segunda posición artillada ha realineado sus armas. ¡Estarán bajo el fuego enemigo en cuestión de segundos!

La runa de Idaeus parpadeó dos veces en el visor de Uriel cuando el capitán confirmó la recepción del aviso.

Uriel vio cómo el capitán de la 4.^a Compañía daba una orden antes de comenzar a correr hacia el segundo emplazamiento artillado. Idaeus se lanzó a la carga a la cabeza de cinco guerreros de armadura azul, y Uriel soltó una maldición antes de echar a correr él también. Sin apoyo alguno, aquellos guerreros serían objetivos prioritarios para los bólteres pesados. De los cañones de las armas surgieron largas lenguas de fuego en dirección a los ultramarines que cargaban contra

ellos. Uriel vio cómo los proyectiles impactaban y estallaban contra las armaduras de todos los marines espaciales lanzados a la carrera, pero ni uno de los atacantes cayó. Las servoarmaduras bendecidas soportaron los disparos del enemigo. Idaeus activó el retroreactor y el resto de la escuadra lo imitó para propulsarse en un gran salto hacia adelante.

El aire se llenó con los rayos de los disparos de rifle láser, pero los ultramarines fueron demasiado veloces. Idaeus atravesó el tejadillo de madera del emplazamiento con un aterrador grito de combate en los labios. Blandió la espada de energía y decapitó a un soldado rebelde al mismo tiempo que lanzaba un golpe hacia atrás con la pistola. El arma impactó en el pecho de otro rebelde y le destrozó la caja torácica. Las largas zancadas de Uriel lo llevaron en muy poco tiempo al borde del emplazamiento, y saltó hacia la posición de sacos de arena con los pies por delante. Notó el crujir de los huesos rotos bajo los pies cuando aterrizó en el interior. Rodó de inmediato, golpeó con el puño enfundado en un guantelete y otro rebelde murió con un aullido. El rugido de los disparos era ensordecedor. Uriel sintió el impacto de un disparo contra la hombrera, pero el proyectil salió rebotado hacia el cielo. Se volvió y le disparó al atacante en la cara, lo que le volatilizó la cabeza. Notó movimiento a su espalda y se volvió en redondo con la pistola lista para disparar de nuevo. El capitán Idaeus apareció ante su vista, con las manos arriba y una gran sonrisa en el rostro. Uriel exhaló lentamente y bajó el arma. Idaeus le puso las manos en las hombreras.

—La batalla ha terminado, sargento —le dijo riéndose.

El rostro curtido de Idaeus mostraba las arrugas de la experiencia, y tenía el cráneo rapado cubierto de humedad y de sangre. En la frente le brillaban cuatro tachuelas doradas, y cada una de ellas representaba medio siglo de servicio en el capítulo, aunque sus penetrantes ojos grises no habían perdido el brillo que tenían en la juventud. Uriel asintió, pero soltó un bufido.

—Así es, capitán, pero lo cierto es que el Códex Astartes nos indica que tendríais que haber esperado a recibir apoyo antes de lanzaros a la carga contra el emplazamiento.

—Es posible —admitió Idaeus—. Sin embargo, quería

acabar pronto con esto, antes de que ninguno de los rebeldes tuviera tiempo de mandar un mensaje de aviso.

—Capitán, tenemos armas pesadas. Podríamos haber bloqueado y anulado sus comunicadores y después haber arrasado los emplazamientos desde la cobertura que ofrece el búnker. Esas posiciones defensivas estaban mal colocadas, y no habrían podido disparar contra nosotros. El Códex Astartes indica...

—Uriel —lo interrumpió Idaeus mientras lo conducía fuera del matadero en el que había quedado convertido el emplazamiento—. Sabes que te respeto, y a pesar de lo que digan otros, estoy convencido de que no tardarás en tener el mando de tu propia compañía, pero debes aceptar que a veces debemos hacer las cosas de un modo ligeramente distinto. Sí, es cierto, el Códex Astartes nos enseña el modo de hacer la guerra, pero no nos muestra cómo ganarnos el corazón de los guerreros. Mira a tu alrededor y fijate en el rostro de nuestros astartes. Tienen el alma henchida de un sentimiento de rectitud, y su fe se ha visto reforzada porque me han visto cruzar el fuego enemigo a su lado, dirigiéndolos en un combate justo y glorioso. ¿No merece la pena que corra un pequeño riesgo para conseguir semejante logro?

—Yo no llamaría a cargar de frente contra tres bólters pesado algo como «un pequeño riesgo» —le contestó Uriel.

—Si hubieras estado en mi lugar, ¿habrías actuado de otro modo? —le preguntó Idaeus.

—No —admitió Uriel con una sonrisa—. Aunque lo cierto es que soy un sargento, así que mi misión en la vida es hacer el trabajo sucio.

Idaeus soltó una carcajada.

—Al final conseguiré hacer de ti un capitán. Ven, Uriel, todavía tenemos mucho trabajo que hacer. El puente no va a saltar en pedazos por sí solo.

Los marines de asalto se apresuraron a asegurar la zona del puente mientras el resto del destacamento del capitán Idaeus salía de la jungla para reforzarlos. Dos escuadras tácticas ocuparon cada uno de los dos búnkers que se alzaban en los extremos del puente mientras Uriel organizaba a la tercera para que reparasen los emplazamientos dañados. Siguió las indica-

ciones del Códex Astartes y les ordenó que los recolocaran de manera que cubrieran todas las rutas de aproximación al lugar y que reconstruyeran y reforzaran sus defensas.

Uriel observó que Idaeus enviaba a los exploradores a las colinas del otro extremo de la cresta que se alzaba sobre la garganta. No cometerían el mismo error que había sido la pérdida de los rebeldes. Si los traidores lanzaban un contraataque, los ultramarines lo sabrían de antemano. Pasó por encima del cadáver de un guardia y se fijó con orgullo profesional en el agujero de proyectil que tenía en mitad de la frente. Ése era el coste de la derrota. La victoria de los ultramarines había sido increíblemente fácil, y apenas se podía calificar de combate. Uriel se dio cuenta de que, curiosamente, no se sentía demasiado orgulloso del éxito que habían conseguido.

Lo habían entrenado desde los seis años para que llevara la muerte a los enemigos del Emperador, y normalmente sentía un orgullo justificado por su habilidad para matar. Sin embargo, frente a unos oponentes tan faltos de preparación, poca satisfacción se podía sentir. Aquellos individuos no se merecían el calificativo de soldados, y no habrían durado ni un mes en el campamento Agiselus, en Macragge, donde el mismo Uriel se había entrenado hacía ya tantos años. Dejó a un lado aquellos pensamientos lúgubres y se llevó las manos a la cabeza para quitarse el casco y luego colocarlo sobre el ancho parapeto del puente. Un río ancho y caudaloso corría por el fondo de la garganta, a miles de metros por debajo de él. El agua oscura se volvía blanca y espumosa al chocar contra las rocas. Uriel se pasó una mano por el cabello negro cortado a cepillo. Sus ojos eran del color gris de las nubes de tormenta, oscuros y amenazadores, y su rostro solía mostrar una expresión taciturna. Sobre la ceja del ojo izquierdo tenía clavadas dos tachuelas doradas.

Los puentes eran la clave de toda aquella campaña. Los guerreros del Emperador habían hecho retroceder de forma constante a los soldados de la Fuerza de Defensa Planetaria de Thracia, que poseían poco equipo y menos entrenamiento, y la capital, Mercia, que todavía se encontraba en manos rebeldes, estaba ya casi a su alcance. Sin embargo, a pesar de las tremendas pérdidas que habían sufrido, los traidores todavía

poseían la ventaja de la superioridad numérica, y si se les concedía un respiro, serían capaces de convertirse en una seria amenaza para la cruzada. El flanco derecho del avance de la Guardia Imperial hacia Mercia estaba expuesto a un posible ataque a través de alguno de los diferentes puentes. Uriel se encontraba en uno de ellos. Era absolutamente necesario destruirlos, pero la Armada Imperial había exigido que se le concedieran varios días para planificar las misiones necesarias para llevar a cabo esa destrucción. Sin embargo, la cruzada no se podía permitir esperar esos días. Así pues, la misión de destruir los puentes recayó en los ultramarines. Las cañoneras Thunderhawk habían infiltrado a los grupos de ataque utilizando la oscuridad como cobertura, y los habían desplegado a medio día de marcha de los puentes. En aquellos momentos estaban esperando que les dieran la señal para sacarlos de la zona en cuanto los puentes estuvieran destruidos.

La rebelión en Thracia no tenía excesiva importancia en la batalla excepto por un detalle: hasta el alto mando de la cruzada habían llegado varios informes que indicaban la presencia en el planeta de marines espaciales traidores de la Legión de los Amos de la Noche. Uriel no había visto señal alguna de aquellos herejes, y en su fuero interno estaba convencido de que se trataba de un producto del exceso de imaginación de los guardias imperiales. A pesar de ello, nunca era conveniente confiarse, y Uriel ansiaba con fervor que los informes fueran ciertos. No se podía dejar pasar por alto la oportunidad de hacer caer la ira del Emperador sobre semejantes enemigos abominables.

El sargento observó cómo el tecnomarine realizaba los preparativos necesarios para hacer volar las pilastras del puente. Las cargas de fusión despedazarían la estructura, lo que le negaría al enemigo cualquier posibilidad de atravesar el río con sus unidades blindadas y flanquear el ataque imperial. Uriel sabía que esa misma escena se estaba repitiendo en otros puntos a lo largo de la enorme garganta, ya que otros destacamentos de los ultramarines se estaban preparando para destruir sus propios objetivos. Recogió su casco y se dirigió hacia el tecnomarine manchado de barro, que en esos momentos estaba pasando por encima del parapeto al mismo

tiempo que fijaba un tramo de cable que salía desenrollado de su mochila. El guerrero alzó la mirada al oír que se le acercaba y le saludó con un respetuoso gesto de asentimiento.

—Supongo que vienes a decirme que me apresure —gruñó mientras se inclinaba de un modo extraño para conectar el cable al módulo de energía.

—En absoluto, Sevano. No se me ocurriría apresurar el trabajo de un maestro artesano como tú.

Sevano Tomasin miró fijamente a Uriel buscando algún rastro de sarcasmo en su rostro. No encontró ninguno, así que el tecnomarine asintió antes de volver a la tarea de conectar los explosivos. Se movía con un paso desigual, algo mecánico, ya que tanto las dos piernas como el brazo derecho eran en realidad implantes biónicos que pesaban más que unas extremidades normales.

Los apotecarios le habían implantado aquellos miembros artificiales luego de sacar su cuerpo del interior de un Land Raider destrozado en Ichar IV, después de que un enorme cárnifex abriera de par en par el vehículo. El mortífero bioplasma de la criatura había inundado el interior del transporte de combate blindado y provocado la tremenda explosión del depósito de municiones. El cárnifex había muerto a consecuencia de la deflagración, pero también le había arrancado la carne al tecnomarine hasta el hueso en algunas partes del cuerpo. Para no perder la sabiduría y experiencia de sus siglos de combate, los artesanos médicos y mecánicos del capítulo habían diseñado todo un cuerpo nuevo y artificial alrededor de los restos ensangrentados que quedaban de él.

—¿Cuánto tardaréis tú y tus servidores en acabar? —le preguntó Uriel.

Tomasin se limpió el barro de la cara y miró hacia el otro lado del puente.

—Otra hora, Ventris. Probablemente menos si dejara de llover y no tuviera que pararme a hablar contigo.

Uriel se contuvo para no replicarle, y se dio la vuelta para dejar al tecnomarine con su tarea. Se dirigió hacia el emplazamiento defensivo más cercano. El capitán Idaeus estaba sentado en los sacos de arena y hablaba con vehemencia por el comunicador.

—¡Pues aseguraos, maldita sea! —soltó de repente—. No quiero quedarme aquí esperando con treinta hombres a que aparezca la mitad del ejército rebelde.

Idaeus se quedó escuchando las palabras que sólo le llegaban a él a través del receptor que llevaba en la oreja, y luego soltó una maldición antes de colocar de nuevo la unidad de comunicación en su cinto.

—¿Algún problema? —inquirió Uriel.

—Es posible —le respondió Idaeus con un suspiro—. Los sensores orbitales del *Vae Victus* han detectado algo de gran tamaño que atraviesa la jungla en nuestra dirección, pero este tiempo asqueroso interfiere los augurios de exploración y no son capaces de captar de nuevo la señal. Probablemente no será nada importante.

—No parecéis muy convencido de eso.

—Es que no lo estoy —admitió Idaeus—. Si los Amos de la Noche están en este planeta, es el tipo de maniobra que intentarían llevar a cabo.

—Tenemos a los exploradores desplegados en todas las rutas de acceso al puente. No se puede acercar nada sin que lo sepamos.

—Bien. ¿Cómo va Tomasin?

—Hay mucho puente que reventar, mi capitán, pero cree que lo tendrá todo listo en menos de una hora. Creo que lo tendrá bastante antes de eso.

Idaeus hizo un gesto de asentimiento y se puso en pie para quedarse mirando hacia las colinas envueltas en niebla y llovizna que se alzaban en el lado enemigo del puente. Frunció el entrecejo en un gesto de preocupación y Uriel siguió su mirada. Había comenzado a atardecer, y con un poco de suerte estarían de vuelta para unirse al ataque principal contra Mercia antes de que cayera la noche.

—¿Pasa algo?

—No estoy seguro. Cada vez que miro al otro lado del puente tengo un mal presentimiento.

—¿Un mal presentimiento?

—Sí. Tengo la sensación de que alguien nos está observando —susurró Idaeus.

Uriel comprobó su comunicador.

—Los exploradores no han transmitido ninguna novedad. Idaeus movió la cabeza en un gesto negativo.

—No, esto es algo más instintivo. Por alguna razón, todo este lugar me da mala espina. No puedo describirlo con exactitud.

Uriel se sintió algo desconcertado. Idaeus era una de las personas en las que más confiaba. Habían luchado juntos a lo largo de más de cincuenta años, y habían forjado un lazo de amistad que Uriel había encontrado pocas veces en todos los años que llevaba de servicio. A pesar de ello, no era capaz de comprender por completo a Idaeus. El capitán confiaba más en el instinto y en las sensaciones que en el propio Códex Astartes sagrado, la gran obra de estrategia militar que había escrito diez mil años antes el mismísimo primarca del capítulo, Roboute Guilliman. El Códex formaba la base de prácticamente todas las doctrinas tácticas de los diferentes capítulos del Adeptus Astartes, y era el cimiento del poder bélico de todo el Imperio. Sus palabras habían sido bendecidas por el Emperador, y los ultramarines no se habían apartado ni un ápice de sus enseñanzas desde los días funestos de la Herejía de Horus.

Sin embargo, Idaeus solía considerar la sabiduría del Códex más como un consejo que como una orden sagrada, y aquello era motivo de un asombro constante para Uriel. Llevaba más de treinta años siendo el lugarteniente de Idaeus, y a pesar de las continuas victorias del capitán, al sargento le seguía costando aceptar los métodos que empleaba para lograrlas.

—Voy a comprobar en persona esas colinas —dijo Idaeus de repente.

Uriel dejó escapar un suspiro antes de contestarle.

—Los exploradores nos informarán de inmediato si algo se nos acerca.

—Lo sé, y confío plenamente en ellos. Es que necesito verlo por mí mismo. Ven, vamos a echar un vistazo.

Uriel tomó del cinto la unidad de comunicación e informó a los exploradores que se aproximarían a ellos desde la retaguardia. Luego siguió a Idaeus, que caminó con zancadas decididas hacia el otro extremo del puente. Pasaron por de-

lante del búnker que se encontraba en ese punto, el que habían ocupado los rebeldes, y Uriel captó el destello de los bólters en su interior. Los dos marines espaciales subieron por la ancha carretera que llevaba hasta la cima de las colinas a ambos lados de la garganta, y durante los siguientes treinta minutos se dedicaron a revisar las posiciones en las que Uriel había desplegado a los exploradores para que vigilaran el entorno. La lluvia amortiguaba todos los sonidos y hacía que la visibilidad fuera mínima. Además, la densidad de árboles era suficiente como para tapar casi por completo el suelo de la jungla. Allí mismo, delante de ellos, podía estar desplegado todo un ejército, y no serían capaces de verlo hasta que prácticamente se les hubiera echado encima.

—¿Satisfecho? —quiso saber Uriel.

Idaeus asintió sin decir nada, y ambos retomaron el camino de vuelta hacia el búnker del otro extremo del puente, donde vieron a Sevano Tomasin.

La primera señal de aviso fue el aullido de un proyectil de artillería que les pasó por encima de la cabeza.

El canal de comunicación restalló con los mensajes casi al mismo tiempo que se oyó el aullido del proyectil. Avisaban de la presencia de fogonazos de disparos de artillería en la lejanía y del avistamiento de varias columnas de tanques y transportes blindados de tropas. Se produjo una explosión cegadora en el centro del puente, a la que siguieron media docena más en rápida sucesión que iluminaron la creciente penumbra del atardecer. Uriel lanzó una maldición al ver que los servidores y dos de los marines espaciales salían despedidos del puente y caían hacia las rocas sin dejar de girar sobre sí mismos.

El capitán y el sargento cruzaron el puente a la carrera. Uriel abrió el canal de comunicación con los exploradores mientras corría.

—¡Equipo explorador Alfa! ¿De dónde demonios viene eso? ¡Informen! —dijo a gritos.

—¡Los contactos se encuentran a tres kilómetros y se acercan con rapidez, sargento! La lluvia ha evitado que se levantara polvo y no logramos verlos a través de la espesura.

—Entendido —replicó Uriel al mismo tiempo que maldecía para sí aquel tiempo infame—. ¿Qué es lo que veis ahora?

—No podemos efectuar un recuento exacto, pero por lo que parece se trata de un batallón. Hay sobre todo Chimeras, pero también se distinguen muchos vehículos pesados: *Leman Russ*, *Griffons* y *Hellhounds*.

Uriel soltó otra maldición e intercambió una mirada con *Idaeus*. Si los exploradores no se equivocaban, se iban a enfrentar a más de mil soldados con artillería y blindados de apoyo. Ambos se dieron cuenta de que aquella unidad debía de ser la que habían detectado los sensores del *Vae Victus* y que luego habían perdido. Tenían que hacer cruzar a todos los asartas al otro lado del puente y luego volarlo de inmediato.

—Alfa, permaneced en posición todo lo que podáis y seguid informando. Luego volved aquí.

—Recibido, señor —le confirmó el explorador, y cortó la comunicación.

Una nueva andanada de proyectiles se estrelló contra el puente, y el eco de las explosiones resonó ensordecedor en el estrecho espacio de la garganta. Cada explosión levantaba trozos de pavimento y grandes chorros de agua de lluvia. Algunos de los proyectiles estallaban en el aire, sobre el propio puente, y lanzaban una lluvia de metralla mortífera contra el pavimento.

Uriel reconoció el silbido de los proyectiles de mortero de los *Griffons* y le dio las gracias a *Guilliman*: era evidente que los soldados rebeldes de la Fuerza de Defensa Planetaria no habían podido conseguir las piezas de artillería pesada de la Guardia Imperial. O era eso, o eran conscientes de que con unas armas semejantes podrían acabar destruyendo el propio puente.

La mayor parte de los marines espaciales que se habían visto sorprendidos en terreno abierto ya se habían puesto a cubierto, y Uriel pensó que habían tenido mucha suerte al no perder a más hombres. Soltó una maldición cuando vio la gran silueta en movimiento de *Sevano Tomasin*, quien seguía colocando cargas explosivas y desenrollando tramos de cable hacia el último búnker. La lentitud del tecnomarine era desesperante, pero él se mantenía imperturbable bajo el bombardeo. Uriel lo urgió mentalmente a que se diera prisa.

—Ya están a un kilómetro y medio, y se acercan con rapi-

dez. ¡Con mucha rapidez! ¡Ya se ve a la infantería desplegada desde los vehículos! —gritó el sargento de exploradores por el comunicador de Uriel.

—¡Recibido! —gritó éste para hacerse oír por encima del silbido de los proyectiles de mortero y del estruendo de las explosiones—. Volved ahora mismo. Ya no podéis hacer nada ahí. La escuadra Espada os está esperando en el primer búnker para apoyaros con fuego de cobertura. Ventris, cambio y corto.

Idaeus y Uriel llegaron hasta el búnker y se protegieron detrás de sus paredes, tranquilizadamente gruesas. El capitán sacó con rapidez el comunicador del cinto.

—Red de mando de la Guardia, aquí el capitán Idaeus, de la Cuarta Compañía de ultramarines. Nos atacan a través del puente Dos Cuatro. Es una división entera, o incluso posiblemente más efectivos. Estamos retrocediendo y preparando la destrucción del puente. ¡Repito, nos atacan a través del puente Dos Cuatro!

Mientras Idaeus comunicaba la situación a los comandantes de la Guardia Imperial, Uriel se conectó a la frecuencia de la Thunderhawk que los había acercado hasta aquella posición.

—Thunderhawk Seis, aquí Uriel Ventris. Nos atacan. Solicito extracción inmediata. Código de misión omega-siete-cuatro. Confirme, por favor.

Lo único que Uriel oyó durante unos largos segundos fue el crepitar de la estática, y se temió que algo terrible le hubiera ocurrido a la cañonera. Sin embargo, tras esos instantes de preocupación, sonó una voz muy distorsionada por el comunicador.

—Recibido, sargento Ventris. Confirmando código de misión omega-siete-cuatro. Estaremos allí en menos de diez minutos. Señale su posición con humo verde.

—Afirmativo —contestó Uriel—. Tengan cuidado. Lo más probable es que la zona esté bajo fuego enemigo cuando lleguen.

—No se preocupe —le contestó con una risa el piloto de la cañonera—. Vamos armados hasta los dientes. Les haremos agachar la cabeza mientras los extraemos. Thunderhawk Seis, cambio y corto.

Uriel volvió a colocar el comunicador en el cinto y dio varios golpes en la compuerta del búnker. Tanto Idaeus como él se apresuraron a entrar en cuanto se abrió. Los cinco marines que se refugiaban allí estaban desplegados a lo largo de las troneras de la fortificación, y apuntaban con los bólters y con un cañón láser hacia las colinas que se alzaban por delante de ellos, listos para cubrir la retirada de sus hermanos. Uriel observó a través de la red antigranadas cómo los exploradores se retiraban de un modo disciplinado.

—En cuanto los exploradores hayan pasado de largo, retiraos hasta el primer emplazamiento y tomad posiciones de disparo allí —ordenó Idaeus—. Las demás escuadras ya se encuentran en posición y os cubrirán. ¿Entendido?

Los marines espaciales asintieron sin apartar la mirada del riesgo que se elevaba a la espalda de los exploradores. El capitán se volvió hacia Uriel.

—Cruza el puente y comprueba cuánto le falta a Tomasin para volarlo de una maldita vez. Nos reuniremos contigo en cuanto podamos.

Uriel abrió la boca para protestar, pero Idaeus lo cortó en seco.

—¡Obedece, sargento! ¡Fuera! Me reuniré contigo en cuanto el equipo Alfa esté a salvo.

Uriel cerró la boca y se apresuró a salir del búnker. El puente se vio sacudido por otra andanada rugiente de explosiones que también impactaron contra las paredes de la garganta. Uriel se mantuvo a la espera hasta que le pareció captar una breve pausa en el bombardeo, y entonces echó a correr por el puente serpenteando entre las pilas de escombros y los cráteres llenos de agua provocados por las explosiones. Vio a Sevano Tomasin, que todavía se afanaba en montar los detonadores detrás de uno de los emplazamientos defensivos.

El sargento oyó varios disparos a su espalda: el chasquido apagado y característico de los bólters y el restallido sibilante de los rifles láser. Miró hacia atrás por encima del hombro cuando lo invadió una premonición terrible.

Dos estelas de proyectiles aullantes pasaron por encima del puente. Uno estalló detrás de él y el otro delante, ambos con unas explosiones estremecedoras. El primero detonó en

el aire, a unos cuatro metros del suelo, justo sobre los miembros del equipo Alfa, y destrozó sus cuerpos. Las armaduras de explorador, más ligeras que las servoarmaduras, no los protegieron, y sus cuerpos quedaron convertidos en una neblina rojiza y en unos cuantos restos de carne desgarrada. La onda expansiva de la explosión arrojó al suelo a Uriel. El sargento tosió una bocanada de barro y escupió un chorro de agua de lluvia antes de incorporarse a tiempo de ver a Sevano Tomasin quedar envuelto por un cegador fuego de color blanco fosforescente.

El tecnomarine se derrumbó con las extremidades metálicas derretidas y la carne arrancada y transformada en ceniza. Otra bomba de fusión estalló en su mochila, activada también por la explosión de la granada de mortero. Tomasin desapareció en mitad de una deflagración al rojo blanco, y la lluvia formó una nube de vapor alrededor de sus restos fundidos.

Uriel se puso en pie de un salto y echó a correr de nuevo hacia el tecnomarine. Tomasin había muerto, de eso no cabía duda, pero Uriel necesitaba saber si el mecanismo detonador había desaparecido del mismo modo que su camarada. Si el artefacto había quedado destruido, estaban metidos en un gran problema, uno realmente grande.

Idaeus vio cómo el primer escuadrón de vehículos llegaba a la cima del risco, y notó que el odio que ya le invadía el corazón aumentaba todavía más. Distinguió, a pesar de la creciente penumbra, la silueta de tres vehículos de exploración del tipo Salamander, y el capitán juró que los vería destruidos, a los tres.

Le llegó el olor acre de la carne humana quemada procedente de los restos humeantes de los exploradores. Habían muerto a escasos diez metros de la seguridad que ofrecía el búnker. Idaeus sabía que debía retirarse de inmediato hacia la protección que ofrecían los emplazamientos defensivos al otro lado del puente, ya que si se quedaban mucho tiempo más allí, se verían atrapados. Sin embargo, el ansia de venganza que le ardía en el corazón le impedía hacerlo. No pensaba ceder ni un milímetro de terreno ante aquellos cabrones sin cobrarse un mínimo desquite por sus guerreros caídos.

—Nivaneus, ¿tienes un objetivo? —le preguntó entre dientes al marine espacial armado con el cañón láser.

—Afirmativo, señor —le confirmó Nivaneus.

—Fuego a discreción. ¡Acaba con esos perros traidores!

De la enorme arma surgió un rayo láser cegador. Uno de los Salamanders giró bruscamente y se salió de la carretera con el casco envuelto en llamas mientras una humareda negra surgía a chorros de su interior. Las escuadras de infantería de apoyo de los vehículos abrieron fuego con los rifles láser, pero los certeros disparos de bólder de los marines espaciales acabaron con ellos. Sin embargo, Idaeus sabía que los soldados no tenían importancia alguna: lo único que importaba era acabar con los tanques.

Nivaneus cambió con tranquilidad de objetivo y otro de los Salamanders estalló en llamas. La tripulación se apresuró a intentar salir por las escotillas de escape. El último tanque se detuvo casi en seco y con el cañón automático acribilló la fachada del búnker. Idaeus sintió la vibración de los impactos de los proyectiles. Sonrió con ferocidad cuando el conductor del Salamander intentó a la desesperada dar marcha atrás para volver hacia la colina. Las orugas patinaron inútilmente sobre el espeso barro y lanzaron chorros de lodo al no conseguir adherencia en el suelo resbaladizo. El aire se llenó de un olor acre y eléctrico cuando Nivaneus apuntó el cañón láser contra el último tanque.

Sin embargo, antes de que pudiera disparar, un misil cruzó la lluvia e impactó contra la torreta del vehículo inmovilizado. El tanque estalló desde el interior y se vio sacudido por una serie de explosiones secundarias cuando la munición detonó a causa del calor.

—¡Capitán Idaeus! —gritó Uriel por el comunicador—. ¡Salgan de ahí! ¡Van a aparecer más tanques en cualquier momento, y se verán aislados si no se marchan ahora mismo! ¡Los tenemos cubiertos, repliéguense ya!

—Creo que el sargento tiene razón —dijo Idaeus con tranquilidad—. Les hemos dado un buen puñetazo en los morros, pero va siendo hora de que nos marchemos.

Los ultramarines dispararon una última andanada antes de dar media vuelta y dirigirse hacia la compuerta de salida.

—Uriel, estamos listos para salir. Proporcionáanos fuego de cobertura —ordenó Idaeus.

Pocos segundos más tarde, una andana de disparos de bólder y de misiles acribilló la cima del risco y la envolvió en llamas y en humo.

—¡Fuera, fuera! —gritó Idaeus a los marines espaciales del búnker, y luego los siguió bajo la lluvia.

Los disparos de mortero habían cesado, y el capitán llegó a la conclusión de que probablemente se debía a que los tanques Griffon estaban avanzando hasta las posiciones que les permitirían efectuar fuego directo contra sus objetivos. Fuera cual fuese la razón, se sentía agradecido de que hubieran dejado de disparar.

Oyó un retumbar que le hizo rechinar los dientes, y ese sonido se vio acompañado por el chirrido de cadenas. Supo sin necesidad de mirar hacia atrás que varios tanques pesados habían aparecido sobre la cima de los riscos para situarse en posición de disparo a retaguardia de los marines que se retiraban. Vio las estelas de dos misiles que pasaron por encima de su cabeza, y un instante después le llegó el estruendo metálico de sus impactos. Una explosión rugiente le indicó que al menos uno de los tanques enemigos había quedado fuera de combate, pero sólo uno.

—¡A cubierto! —ordenó, y se lanzó de cabeza detrás de una pila de escombros cuando el rugido de dos disparos de cañón resonó por toda la garganta.

Notó la increíble fuerza de la onda expansiva de los impactos a su espalda incluso a través de la ceramita de la servoarmadura. Los sentidos automáticos se desactivaron durante unos instantes para protegerle la vista y el oído cuando los gigantescos proyectiles estallaron, y la presión casi lo aplastó. Aparecieron varias runas rojas en el visor cuando la armadura sufrió perforaciones en media docena de sitios. Sintió un dolor lacerante y soltó una maldición mientras se sacaba un trozo de metralla del tamaño de una bandeja de una de las piernas. Notó cómo las células de Larraman coagulaban la sangre de la herida casi de inmediato y formaban una capa protectora de tejido cicatrizado sobre la herida. Había sufrido daños corporales mucho más graves, e hizo caso omiso del dolor.

Los dos tanques Lemman Russ supervivientes bajaron rugientes por la ladera de la colina y apartaron los restos llameantes de los Salamanders destrozados con las gigantescas palas excavadoras que llevaban instaladas en la parte delantera del casco. Los bólteres pesados que llevaban acoplados dispararon con furia contra la fachada del búnker y el puente, levantando surtidores de agua y de roca pulverizada. Sin embargo, ninguna de las ráfagas alcanzó a los ultramarines.

—¡Arriba! ¡Vamos, seguid corriendo! —ordenó Idaeus a gritos.

Los marines espaciales se pusieron en pie y corrieron hacia la relativa seguridad que ofrecía el otro extremo del puente. En la cima de las colinas apareció una nueva oleada de tanques y de infantería en pos de los dos Lemman Russ. Varias andanadas de fuego láser persiguieron a los marines espaciales, pero la distancia era todavía demasiado grande.

Justo en ese momento, y casi en el límite de su capacidad de audición, Idaeus captó el esperado rugido de los motores de una cañonera Thunderhawk, y vio en la lejanía la silueta angulosa del transporte de tropas, que apareció justo por encima del dosel que formaban las copas de los árboles. De las monturas de las alas surgió una andanada de cohetes en salvas de tres proyectiles, y la cima de las colinas desapareció tras una cortina de llamas. Los cañones automáticos montados en el fuselaje y en las alas dispararon cientos de proyectiles contra los traidores, y despedazaron a tanques y soldados en un latido de corazón.

Idaeus alzó un puño en el aire en un gesto de triunfo cuando la cañonera pasó por encima de las colinas y viró para efectuar otra pasada. Trotó con tranquilidad hacia el emplazamiento defensivo de sacos de arena, y los marines espaciales que lo acompañaban tomaron posiciones de disparo.

—Uriel, ¿estás listo para salir de aquí? —preguntó por el comunicador,

—Más que listo —respondió el sargento, que se encontraba en el búnker situado a la espalda del emplazamiento—. Pero tenemos un problema. Tomasin ha muerto en el bombardeo, y él tenía los detonadores. No podemos hacer volar el puente.